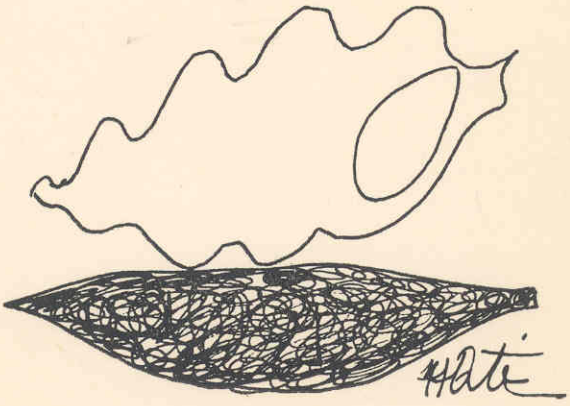
CARACOLA

Revista malagueña de poesía



96-97

OCTBRE. - NOVBRE.
1960

Chica, Diego de la 88
Torrecillas, Juan de 96-97

BIBLIOGRAFÍAS

Altolaguirre, Manuel 90-94
Hernández, Miguel 96-97
Machado, Antonio 84-87

DIBUJOS Y VIÑETAS

Abelenda 90-94
Ángeles Ortiz, Manuel 89, 90-94, 96-97
Bores, Francisco 90-94
Brinkmann, Enrique 84-87, 95, 96-97
Copano 88
Falla, Manuel de 90-94
García Lorca, Federico 90-94
Gaya, Ramón 90-94
Hernández, Miguel 96-97
Lara, Carlos Pascual de 90-94
Moral, Miguel del 90-94
Moreno Villa, José 90-94
Olmos 88
Orlando, Felipe 96-97
Orozco Díaz, Manuel 84-87
Palencia, Benjamín 90-94
Peinado 90-94
Prieto, Gregorio 90-94
Santos Torroella, Rafael 84-87

FOTOGRAFÍAS

Altolaguirre, Manuel 90-94
Hernández, Miguel 96-97
Machado, Antonio 84-87

TEXTOS Y NOTAS EN LOS PLIEGOS SUELTOS

C (anales), A (lfonso) 89, 96-97
Cano, Heladio 89
León, Rafael 89
Pérez Delgado, Rafael 89
Q (uiñones), F (ernando) 89

SUPLEMENTOS

N.º 20. Homenaje a Miguel Hernández 96-97

CARACOLA

AÑO VIII

ÍNDICE

NOVIEMBRE, 1959 (Núm. 85) – OCTUBRE, 1960 (Núm. 96)

COLABORACIONES

NÚMS.

Albornoz, Aurora de 84-87
Alcántara, Manuel 90-94
Aleixandre, Vicente 90-94
Allué y Morer, Fernando 89
Altolaguirre, Manuel 90-94
Altolaguirre Bolín, Carlos 90-94
Alvar, Manuel 95
Amiama, Gabriel 95
Aparicio, Antonio 84-87, 90-94
Aparicio, Francisco 95
Arana, José Ramón 90-94
Arana, María Dolores 90-94
Aub, Max 90-94
Azcoaga, Enrique 84-87, 90-94

Bergamín, José 90-94
Bernier, Juan 88
Bousoño, Carlos 89
Brines, Francisco 88

Cabré, Mario 89
Cadou, René Guy 95
Camón Aznar, José 88
Canales, Alfonso 84 a 97
Cano, José Luis 84-87, 90-94, 96-97

Carossa, Hans 95
Cassou, Jean 84-87, 90-94
Cattafi, Bartolo 95
Celaya, Gabriel 90-94
Cernuda, Luis 88, 89, 90-94
Clavera Pizarro, Esperanza 89
Conde, Carmen 90-94
Cornélus, Henri 89

Delétang-Tardif, Yanette 95
Diego, Gerardo 90-94

Echeverri Mejía, Oscar 89
Eluard, Paul 95
Estrada, José-Luis 90-94

Fernández Almagro, Melchor 90-94

García, P. Félix 89
Garciasol, Ramón de 84-87
Gastón, Amparo 90-94
Gil Biedma, Jaime 84-87, 90-94
Gil-Albert, Juan 84-87, 90-94
Goytisolo, José Agustín 84-87
Guereña, Jacinto-Luis 90-94
Guillén, Jorge 90-94

Hernández, Miguel 96-97
Herrera Petere, José 84-87, 90-94
Hierro, José 95
Horta, Joaquim 84-87

Jiménez, Juan Ramón 84-87, 90-94

Korvan, Allan 95

Lacaci, María Elvira 88
Lagos, Concha 90-94
León, Rafael 84-87, 89, 90-94, 96-97
Leyva, Antonio 84-87
López Pacheco, Jesús 84-87
Luis, Leopoldo de 84-87, 90-94
Luisi, Clotilde 95

Maqueda Alcaide, José 90-94
Mariscal Montes, Julio 88, 90-94
Martín Hoyos, Diego 95
Martín Vivaldi, Elena 84-87
Méndez, Concha 90-94
Mickiewicz, Adam 88
Molina Campos, Enrique 84-87
Muñoz Rojas, José Antonio 84-87, 90-94, 96-97
Murciano, Antonio 88, 90-94

Oliver, Antonio 84-87, 90-94
Orozco Díaz, Emilio 84-87
Orozco Díaz, Manuel 84-87

Panero, Leopoldo 90-94
Pasternak, Boris 95
Pemán, José María 84-87
Pérez-Clotet, Pedro 84-87, 88, 90-94, 96-97
Porras, Antonio 84-87, 95, 90-94
Pound, Ezra 95
Pozzi, Antonia 95
Prados, Emilio 90-94
Prieto, Gregorio 90-94

Quart, Pere 84-87
Quiñones, Fernando 84-87, 88, 90-94, 96-97

Rejano, Juan 84-87, 90-94
Rodríguez Spiteri, Carlos 84-87, 90-94, 96-67
Roldán, Mariano 95
Romá, Juan-Miguel 88, 90-94
Ruiz Peña, Juan 88, 96-97
Ruiz Sánchez, José 95, 96-97

Salgueiro, Francisco 89, 95
Sánchez Vázquez, Adolfo 96-97
Santos Torroella, Rafael 90-94
Schmidt, Augusto Frederico 95
Seco de Lucena, Encarnación 96-97
Souvirón, José María 90-94
Spender, Stephen 90-94

Tomé, C. M. F., Jesús 89

Valet, Paul 95
Vivanco, Luis Felipe 90-94

Zardoya, Concha 89

ANTOLOGÍA

Machado, Antonio 84-87
Perse, Saint-John 95
Quasimodo, Salvatore 88
Villalón, Fernando 89

POETAS MALAGUEÑOS ANTIGUOS

Anónimo del Epitafio de Samuel 95
As-Suhailí, Abd al-Rahman 89

BREVE ANTOLOGIA

DE

MIGUEL HERNANDEZ. DIBUJOS DE FELIPE ORLANDO

MALAGA, AÑO MCMLX.

«CARACOLA», 96-97 * XX SUPLEMENTO.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LARIOS, 5, PRAL. TELÉFONO 14774, MÁLAGA.

A PUNTO de aparecer este número de «Caracola», dedicado parcialmente al recuerdo de Miguel Hernández, se nos deparó la oportunidad de una colaboración inesperada: la del pintor cubano Felipe Orlando.

La obra de Orlando, mundialmente apreciada, es poco conocida en España. Ello excusará, entre nosotros, la redundancia de esta nota.

Orlando es casi un tópico en la pintura americana. Él ha sabido renunciar a los encantos del ingrediente folklórico, cortando por lo sano la raíz de la figuración misma; universalizando su idioma plástico mediante el más difícil proceder: el de inventar un lenguaje autóctono sin voluntarias concesiones a lo real.

DIRECTOR

José-Luis Estrada y Segalerva

SECRETARIO

Bernabé Fernández-Canivell y Sánchez

REDACTOR-JEFE

Alfonso Canales

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Rafael León

ADMINISTRADOR

Urbano Diéguez Igea

DEPÓSITO LEGAL MA. 19. — 1958.

CARACOLA

Revista malagueña de poesía

96-97

COLABORAN

José Antonio Muñoz Rojas. José Luis Cano. Fernando Quiñones. Juan Ruiz Peña. Encarnación Seco de Lucena. Juan de Torrecillas. Pedro Pérez-Clotet. Carlos Rodríguez Spiteri. Alfonso Canales. Rafael León. Adolfo Sánchez Vázquez. José Ruiz Sánchez. Miguel Hernández.

Cubierta: Manuel Ángeles Ortiz y Enrique Brinkmann
Dibujos: Enrique Brinkmann y Miguel Hernández.
Viñetas: Miguel Hernández.

XX SUPLEMENTO

Poemas: Miguel Hernández. *Dibujos:* Felipe Orlando.

Años VIII-IX **Octbre.-Novbre., 1960.**

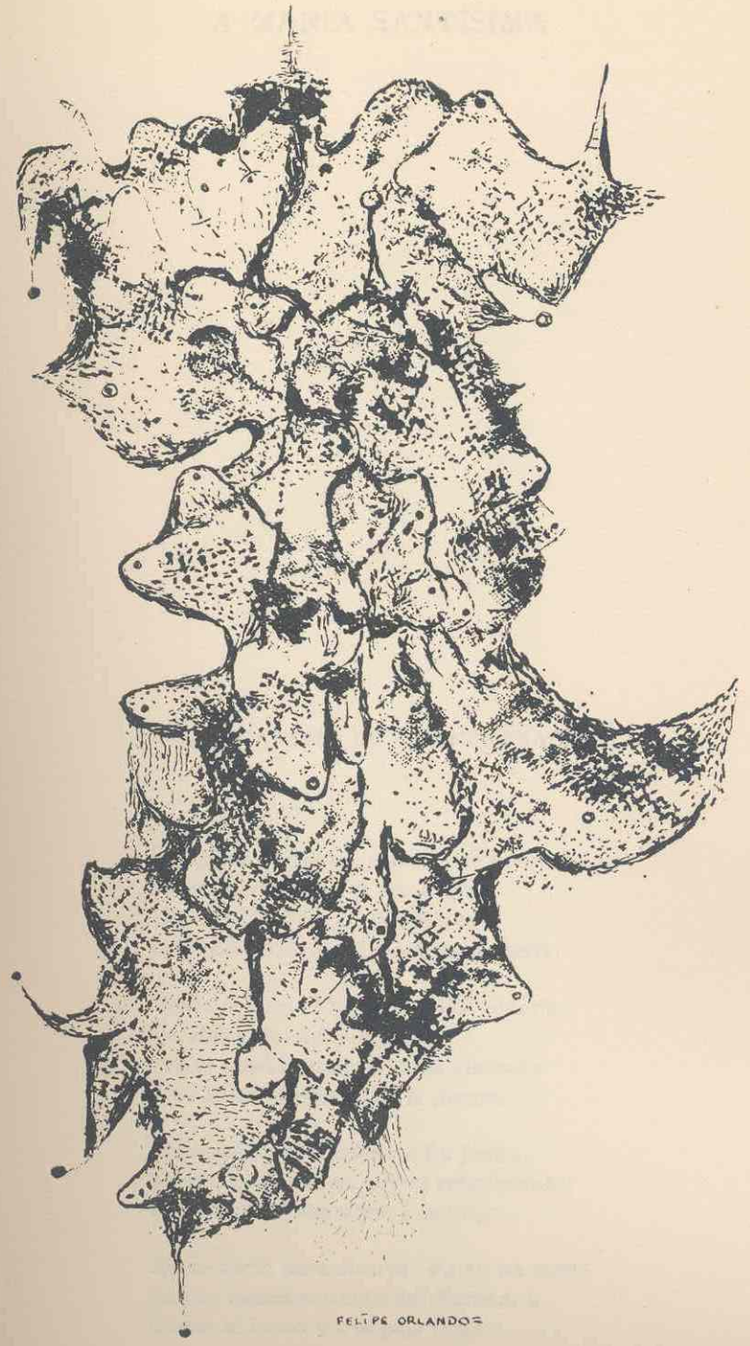
La reciente exposición de Felipe Orlando en Alemania —la cuna del abstractismo— ha servido para constatar lo que de aporte único tiene su pintura en una parcela tan intencionadamente ascética. Su obra huye de toda superficialidad para adentrarse en el oficio puro de la creación, sin más asideros que los absolutamente imprescindibles.

Orlando, como todo consciente pintor de abstracciones, busca su seguro asilo en la música y en la poesía: los dos polos trabados por el eje que une lo abstracto a lo concreto. Como musicólogo ha publicado múltiples trabajos que abarcan desde los ritmos ancestrales al inteligente apasionamiento de Vivaldi. Su interés y su conocimiento del quehacer poético le han llevado a interpretaciones plásticas en las que gráficamente se apura y se depura lo indecible.

El homenaje a Miguel Hernández que Orlando nos ofrece en estos cinco dibujos es más enriquecedor, más sabio en sugerencias que toda aclaración o glosa verbal.

El experto lector de poesía, el amoroso lector del poeta de Orihuela, todo el que sienta su ánimo apedreado por la honda de tan gran pastor de cabras y de resortes poéticos, sentirá ante estos inefables dibujos la iluminación de un oscuro reducto que se le escapaba, de un reducto de tierra y carne, de tinta y emoción irrepetibles.

A. C.

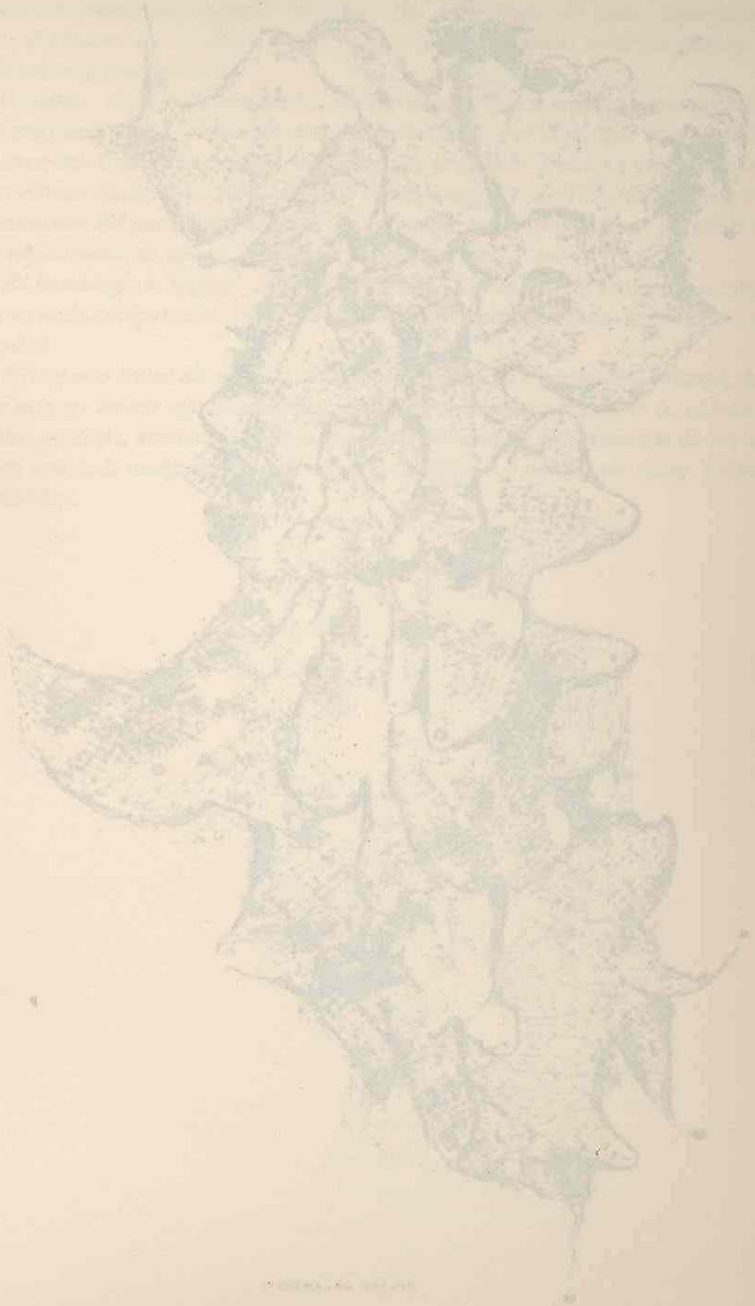


VOSOTROS VIEJOS OLMOS...

Van a ser derribados algunos
olmos viejos en Cambridge.

THE TIMES, 3 de diciembre.

Vosotros viejos olmos. No pasaba
el río (oh tiempo) e iba manso y dulce era,
y con vosotros yo por la ribera
viéndoos en la corriente que os dejaba



A MARÍA SANTÍSIMA

(EN EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN)

HECHO de palma, soledad de huerta
afirmada por tapia y cerradura,
amaneció la Flor de la criatura
¡qué mucho virginal!, ¡qué nada tuerta!

Ventana para el Sol ¡qué solo!, abierta:
sin alterar la vidriera pura,
la Luz pasó el umbral de la clausura
y no forzó ni el sello ni la puerta.

Justo anillo su vientre de Lo Justo,
quedó, como antes, virgen retraimiento,
abultándole Dios seno y ombligo.

No se abrió para abrirse: dio en un susto
(nueve meses sustento del Sustento),
honor al barro y a la paja trigo.

estremecidos, mientras plateaba
las hojas en el fondo.
¿Quién dijera
que yendo en este tren ahora leyera
que os están derribando?
El tiempo lava
al pasar, y la vida limpia sale
y el recuerdo más claro. ¡Aquéllos días
del esperar cantando! ¡Oh verdes prados
de aquella juventud! ¿Ya nada vale?
¿Derribada quizá? ¡Oh ramas mías
de los olmos aquellos derribados!

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS

LUZ DEL TIEMPO

LA luz, la luz más pura está en el tiempo,
es su zumo dorado que nos moja
el alma diariamente, y la desnuda.
Como la luz, como el amor a veces,
el tiempo es tuyo, y él te tiene: míralo
morando ya en tu carne y lentamente
posando en ella su ceniza triste,
sus minutos que brillan amarillos
y tus labios golpean tercamente.
Y pues no puedes detenerlo, ahora
que escapa más deprisa, ya vencidas
tu juventud y tu esperanza, escucha
cada latido suyo, cada ola
de su invisible, silenciosa música,
y acecha el don, su luz de cada día.
Dale tú, en cambio, paz al tiempo, honda
paz, si es que alguna guardas en tu alma.

(EN EL DE LA ASUNCIÓN)

¡TÚ!, que eras ya subida soberana,
de subir acabaste, Ave sin pío
nacida para el vuelo y luz, ya río,
ya nube, ya palmera, ya campana.

La pureza del lilio sintió frío;
y aquel preliminar de la mañana
aire, tan encelado, en tu ventana,
sin tu aliento ni olor quedó vacío.

¡Todo te echa de menos! ¿Qué azucena
no ve su soledad sin tu compaña,
ve su comparación sin Ti en el huerto?...

Quedó la nieve sin candor, con pena,
mustiándole el perfil a la montaña;
subiste más, y viste el cielo abierto.

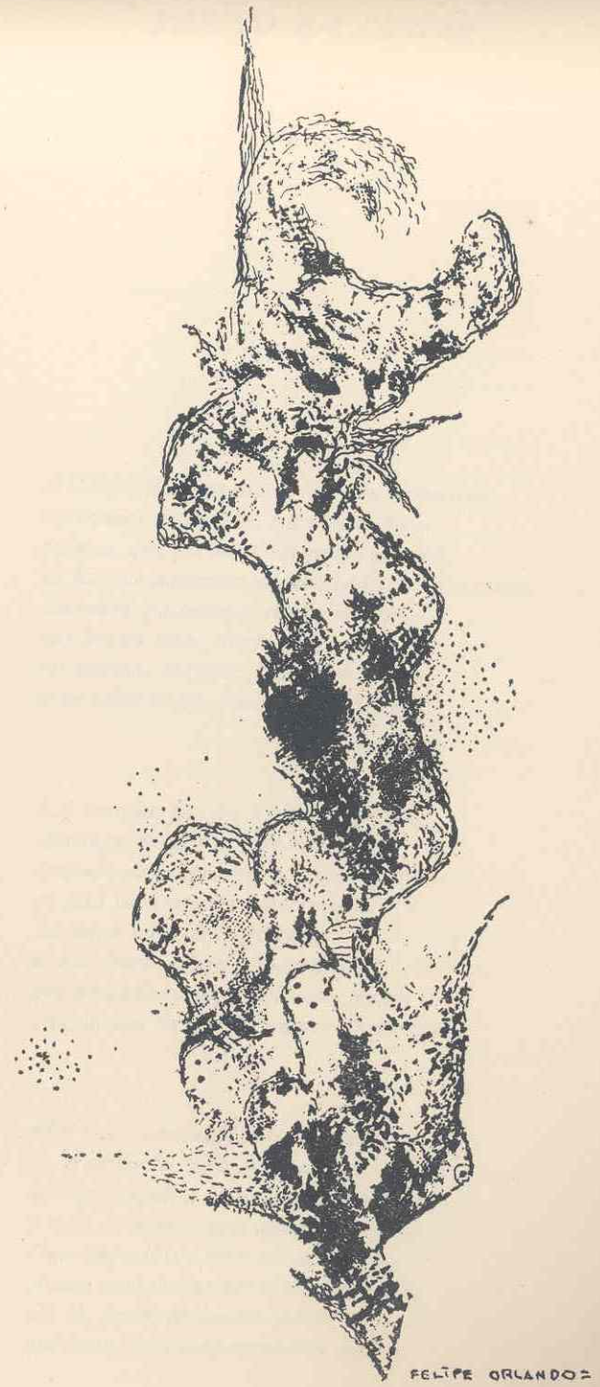
(EN TODA SU HERMOSURA)

¡OH elegida por Dios antes que nada;
Reina del Ala, Propia del zafiro,
nieta de Adán, creada en el retiro
de la virginidad siempre increada!

Tienes el ojo tierno de preñada;
y ante el sabroso origen del suspiro
donde la leche mana miera, miro
tu cintura, de no parir, delgada.

Trillo es tu pie de la serpiente lista,
tu parva el mundo, el ángel tu siguiente,
Gloria del Greco y del cristal orgullo.

Privilegió Judea con tu vista
Dios, y eligió la brisa y el ambiente
en que debía abrirse tu capullo.



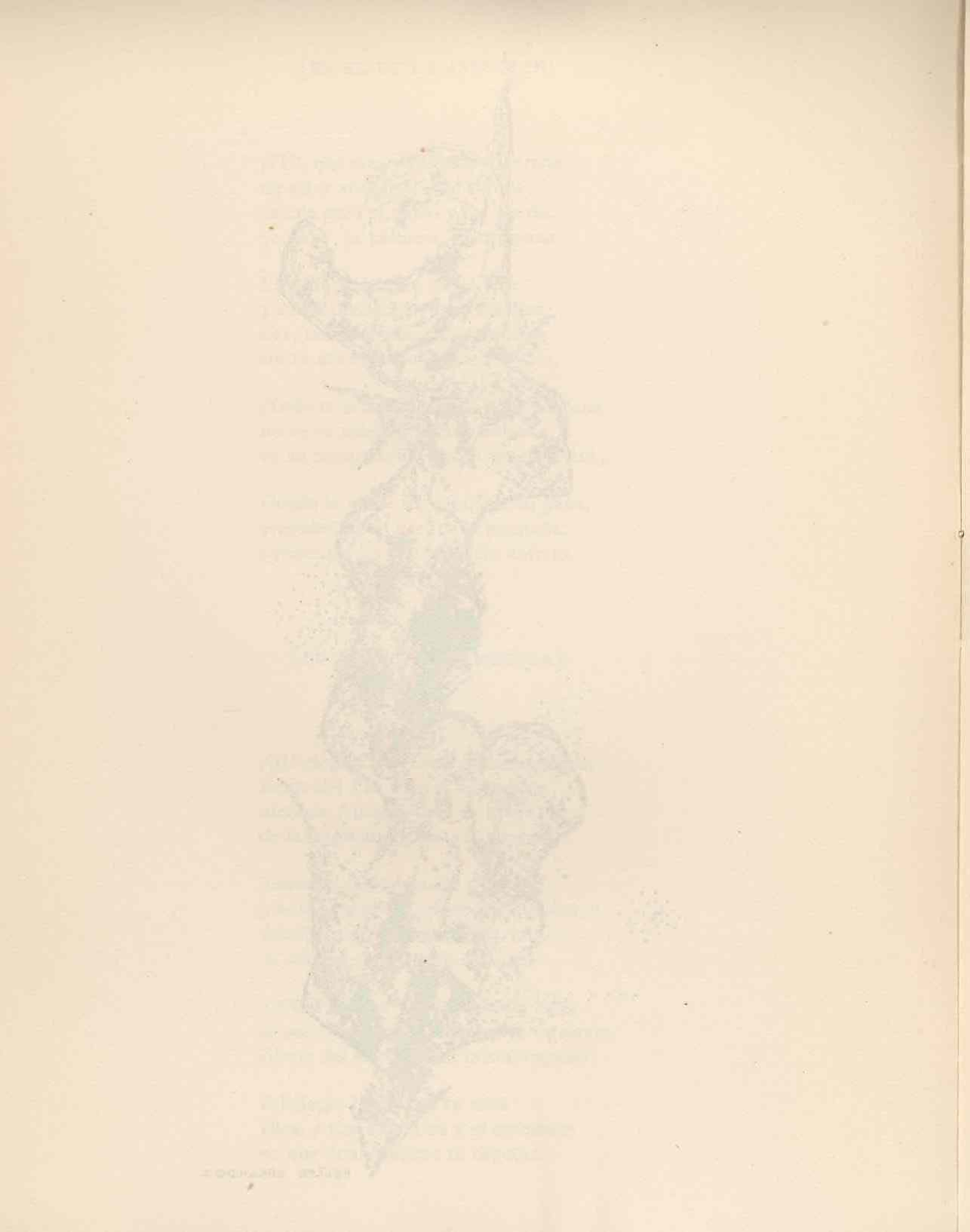
LUZ DEL TIEMPO

LA luz, la luz más pura está en el tiempo,
es su zumo dorado que nos moja
el alma diariamente, y la desnuda.
Como la luz, como el amor a veces,
el tiempo es tuyo, y él te tiene: míralo
morando ya en tu carne y lentamente
posando en ella su ceniza triste,
sus minutos que brillan amarillos
y tus labios golpean tercamente.
Y pues no puedes detenerlo, ahora
que escapa más deprisa, ya vencidas
tu juventud y tu esperanza, escucha
cada latido suyo, cada ola
de su invisible, silenciosa música,
y acecha el don, su luz de cada día.
Dale tú, en cambio, paz al tiempo, honda
paz, si es que alguna guardas en tu alma.

JOSÉ LUIS CANO

Da tu hora al amor, al beso, al ocio,
pues no es dinero —time is money— *el tiempo*
sino luz y onda ciertas: sangre viva.
Y da a tu soledad el tiempo oscuro
que ella te pida, y tu minuto abierto
a ese niño que ríe, y a ese perro
vagabundo que pide pan y dueño,
y al poema que espera, y a ese pájaro
que vuela ebrio por el vasto cielo.

Da tu tiempo a ese son, y a esa mirada
que no ha de repetirse, y al recuerdo
de otros días lejanos como el sueño
de un niño solitario en una playa.
Tu tiempo a la esperanza, aunque tan poca
te quede ya. Y a solas o con otros
tu día a la libertad, tu tiempo a España.



AUNQUE amargas, y sólo por momentos,
tendremos palmas en las manos todos;
palmas, que las mayores en los vientos,
no han de alcanzar, ni ardiendo, los dos codos.
Entonces, posteriores sufrimientos
nos harán leves, libres de los lodos:
las últimas mejillas, viento en popa,
irán sobre la un punto china Europa.

*

LA rosada, por fin Virgen María.
Arcángel tornasol, y de bonete
dentado de amaranto, anuncia el día
en una pata alzado un clarinete.
La pura nata de la galanía
es este Barba Roja a lo roquete,
que picando coral, y hollando, suma
«a batallas de amor, campos de pluma».

*

HAY un constante estío de ceniza
para curtir la luna de la era,
más que aquélla caliente que aquél iza,
y más, si menos, oro, duradera.
Una imposible y otra alcanzadiza,
¿hacia cuál de las dos haré carrera?
Oh tú, perito en lunas: que yo sepa
qué luna es de mejor sabor y cepa.

Da tu hora al amor, al beso, al ocio,
pues no es dinero —time is money— *el tiempo*
sino luz y onda ciertas: sangre viva.
Y da a tu soledad el tiempo oscuro
que ella te pida, y tu minuto abierto
a ese niño que ríe, y a ese perro
vagabundo que pide pan y dueño,
y al poema que espera, y a ese pájaro
que vuela ebrio por el vasto cielo.

Da tu tiempo a ese son, y a esa mirada
que no ha de repetirse, y al recuerdo
de otros días lejanos como el sueño
de un niño solitario en una playa.
Tu tiempo a la esperanza, aunque tan poca
te quede ya. Y a solas o con otros
tu día a la libertad, tu tiempo a España.

JOSÉ LUIS CANO

ALBA

LA nieve, roja al sol de esta mañana
de diciembre
con nosotros parece despertarse
(sólo quienes sufrieron pueden verla).
El campo, fresco entre la luz de hoy
consoladora y larga,
tumba en la soledad sus praderíos
amanecidos.
¡Mundo en rocío y desnudez! Sueño
son las ovejas por el llano
y la humedad en las quemadas zarzas
bajo el ojo lustral de las gallinas,
los corrales en una santidad indecible,
el pecho roto de la niebla última,
nos encalman, devueltos a todo lo que vale
pena de vida y muerte cada día.

Madrid, 1960.

FERNANDO QUIÑONES

PARA cuando me ves tengo compuesto,
de poco antes de esta venturanza,
un gesto favorable de bonanza
que no es, amor, mi verdadero gesto.

Quiero decirte, amor, con sólo esto,
que cuando tú me das a la olvidanza,
reconcomido de desesperanza
¡cuántas penas me cuestas y me cuesto!

Mi verdadero gesto es desgraciado
cuando la soledad me lo desnuda,
y desgraciado va de polo a polo.

Ya no sabes, amor, que si tú el lado
mejor conoces de mi vida cruda,
yo nada más soy yo cuando estoy solo.

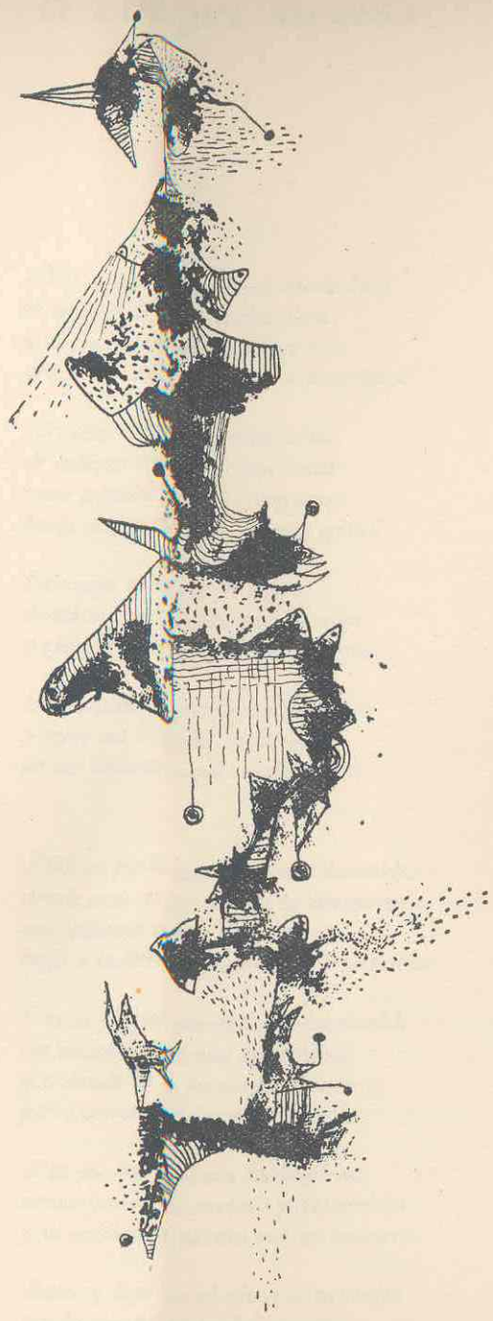
*

SIN poder, como llevan las hormigas
el pan de su menudo laboreo,
llevo sobre las venas un deseo
sujeto como pájaro con ligas.

Las fatigas divinas, las fatigas
de la muerte me dan cuando te veo
con esa leche audaz en apogeo
y ese aliento de campo con espigas.

Suelto todas las riendas de mis venas
cuando te veo, amor, y me emociono
como se debe emocionar un muerto

que cae en el hoyo... Sin arenas,
rey de mi sangre, al verte me destrono,
sin arenas, amor, pero desierto.



FELIPE ORLANDO

NOVIEMBRE

A Claudio Rodríguez

ESTA tarde he subido al cementerio.
Con el fango y la lluvia, qué duro aquel camino.
Rafagueaba otoño;
tuve que buscar cuerdas (hacía tanto frío)
y una escalera; encima
de un montón de cipreses se ponía oscurísimo.
Se abría en la pared mojada
la angostura del nicho.
Colgué la corona de flores,
piadosos crisantemos amarillos,
y me alejé pensando
que algún día a mí alguien me haría esto mismo.
Alma mía, la muerte, ya la ves, altos muros,
silencio, soledad y lluvia y viento y frío,
fluyendo, deshaciéndose;
algo así bajo tierra como un barro tranquilo.

JUAN RUIZ PEÑA

ROMANCE DE LA NIÑA LOCA

LA Cruz de Mayo florece
en balcones y ventanas;
manojillos de romero,
rosas y ramos de albahaca.

La loca del callejón
luce una flor encarnada,
y para adornar su cruz
va pidiendo por la plaza.

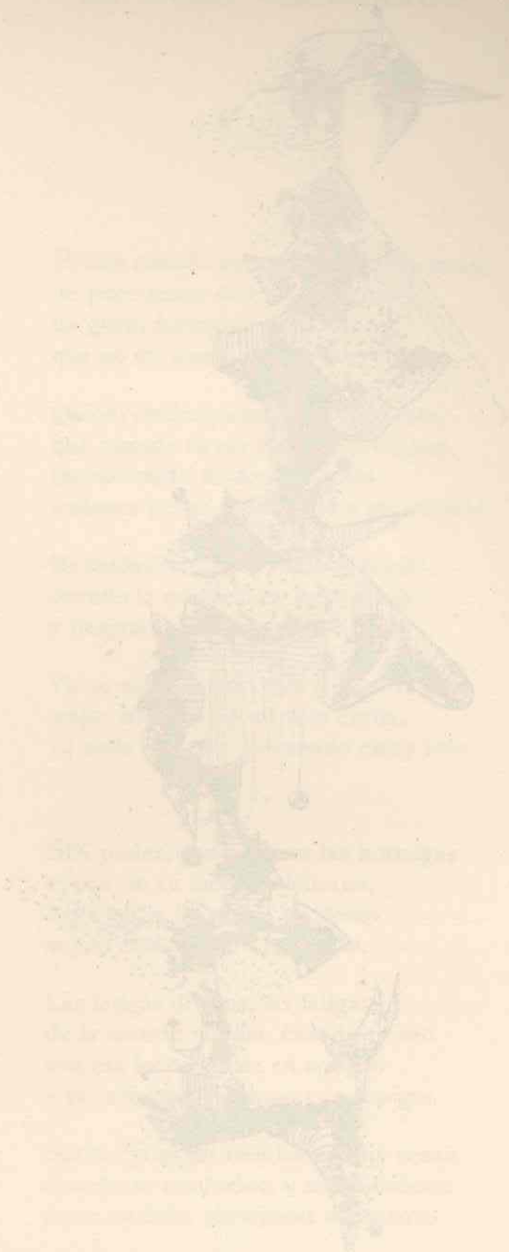
La loca del callejón
—toda instinto, nada alma—
va tirando por la calle
sus flores rosas y blancas.

La gente que pasa, mira,
y cuando advierte su gracia
ríe, y algunos recogen
sus flores rosas y blancas.

La loca del callejón
—toda instinto, nada alma—
por la noche riega sola
sus flores rosas y blancas.

La Cruz de Mayo florece
en balcones y ventanas;
manojillos de romero,
rosas y ramos de albahaca.

ENCARNACIÓN SECO DE LUCENA



¿NO cesará este rayo que me habita
el corazón de exasperadas fieras
y de fraguas coléricas y herreras
donde el metal más fresco se marchita?

¿No cesará esta terca estalactita
de cultivar sus duras cabelleras
como espadas y rígidas hogueras
hacia mi corazón que muge y grita?

Este rayo ni cesa ni se agota:
de mí mismo tomó su procedencia
y ejercita en mí mismo sus furores.

Esta obstinada piedra de mí brota
y sobre mí dirige la insistencia
de sus lluviosos rayos destructores.

*

POR tu pie la blancura más bailable,
donde cesa en diez partes tu hermosura,
una paloma sube a tu cintura,
baja a la tierra un nardo interminable.

Con tu pie vas poniendo lo admirable
del nácar en ridícula estrechura,
y a donde va tu pie va la blancura,
perro cerrado de jazmín calzable.

A tu pie, tan espuma como playa,
arena y mar me arrimo y desarrimo
y al redil de su planta entrar procuro.

Entro y dejo que el alma se me vaya
por la voz amorosa del racimo:
pisa mi corazón que ya es maduro.

JUAN DE TORRECILLAS

(1610-?)

HE aquí un poeta de indudable interés, no citado, que sepamos, por cuantos eruditos locales brujulearon entre las musas malagueñas. Debemos su conocimiento a Fernando Quiñones, que solícitamente nos remite los datos biográficos ofrecidos por la vieja revista literaria «Castilla», dirigida por Unamuno. Como no hemos podido sumar a ellos nuevas referencias, nos limitamos a transcribirlos:

Juan de Torrecillas nació en Ronda y en 1610. Residió largos años en Lisboa y Madrid, ciudad en la que trató con estrecha amistad a Quevedo y a otros grandes ingenios de su tiempo. Torrecillas es autor de un Reló de la Vida y la Muerte, *libro del que existen abundantes referencias, mas del que no sobrevive, al parecer, ningún ejemplar, aunque algunos de sus sonetos fueron trasladados al* Florilegio de Poetas Ilustres, *de Avendaño. Este poeta malagueño es también autor de excelentes traducciones, perdidas en gran parte, de Catulo y otros poetas latinos.*

Al enviarnos el soneto, Quiñones, como es natural, no quiso ocultarnos su regocijo por el hecho de que su protagonista fuese gaditana de nación.

A UNA LIVIANA ANDALUZA LLE
GADA A MADRID CON GRAN ADMIRACION Y DA
ÑO DE LA VILLA EN SU BELLEZA

UN monte de sospiros en querella,
mar de estocadas, playa de gemido,
ya os anuncian, señora, en cuanto ardido
de vos enciende vuestra risa y mella.

Lo que de aguda, Clor, lo que de bella
mal le pagáis al Cielo consentido.
Disteis Amor; lo disteis al olvido;
fírmanlo espadas y la Muerte sella.

Tal Lepanto de amores, tal Pactolo
de heridos pechos por tu vida impura
la Bética enlutó, quema Castilla.

Circe del sol y gaditano Eolo
en donde llegó a tanto la hermosura
que el dolor, y no más, puede seguilla.

(Nota de A. C.)

MUERTE NUPCIAL

EL lecho, aquella hierba de ayer y de mañana:
este lienzo de ahora sobre madera aún verde,
flota como la hierba, se sume en la besana
donde el deseo encuentra los ojos y los pierde.

Pasar por unos ojos como por un desierto:
como por dos ciudades que ni un amor contienen.
Mirada que va y vuelve sin haber descubierto
el corazón a nadie, que todos la enarenen.

Mis ojos encontraron en un rincón los tuyos.
Se descubrieron mudos entre las dos miradas.
Sentimos recorrernos un palomar de arrullos
y un grupo de arrebatos de alas arrebatadas.

Cuanto más se miraban más se hallaban: más hondos
se veían, más lejos, más en uno fundidos.
El corazón se puso, y el mundo, más redondos.
Atravesaba el lecho la patria de los nidos.

Entonces, el anhelo creciente, la distancia
que va de hueso a hueso recorrida y unida,
al aspirar del todo la imperiosa fragancia;
proyectamos los cuerpos más allá de la vida.

Espiramos del todo. ¡Qué absoluto portento!
¡Qué total fue la dicha de mirarse abrazados,
desplegados los ojos hacia arriba un momento,
y al momento hacia abajo con los ojos plegados!

Pero no moriremos. Fue tan cálidamente
consumada la vida como el sol, su mirada.
No es posible perdernos. Somos plena simiente.
Y la muerte ha quedado, con los dos, fecundada.

EN este mes de octubre se han cumplido los cincuenta años del nacimiento de Miguel Hernández. Con este motivo, la revista «Ínsula» ha publicado un llamamiento, encabezado por José María Pemán, Aleixandre, Dámaso, José María Souvirón y otros poetas y escritores, solicitando la ostensión de su recuerdo.

«Caracola», revista ya más que malagueña de poesía, no puede quedar al margen de esta convocatoria. Esos treinta y dos años de vida, estos dieciocho de muerte, que sumados componen las doradas bodas de la existencia del poeta, han de encontrar aquí también su eco.

La memoria de Miguel Hernández merece un homenaje más rico que el ofrecido por nosotros. Mientras ese homenaje llega, aquí va, como anticipo cordial, entreverada con el cotidiano afán de la poesía, la voz de algunos de los poetas de Málaga.

A MIGUEL HERNANDEZ

Umbrío por la pena, casi bruno,
porque la pena tizna cuando estalla...

MIGUEL HERNÁNDEZ

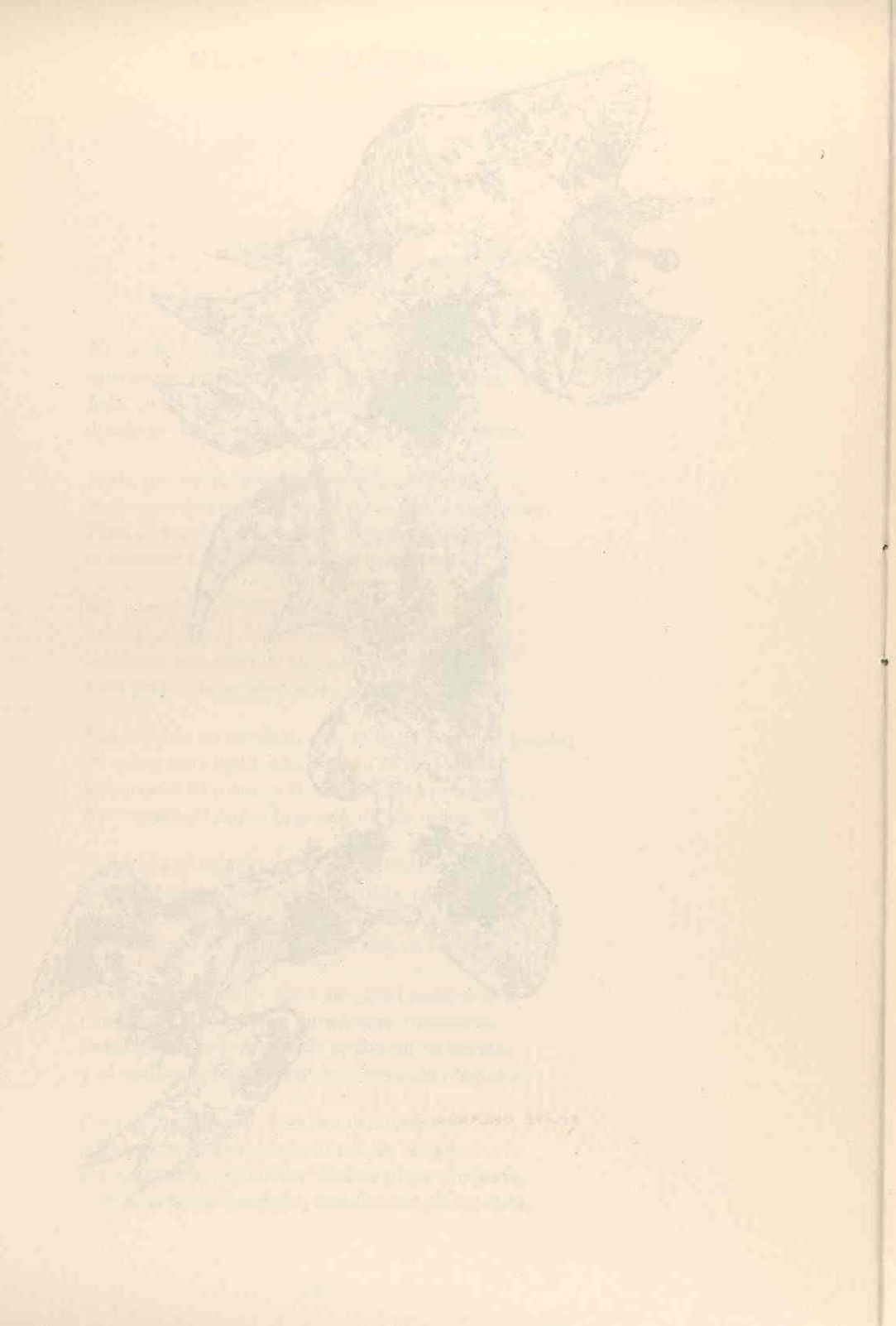
ALLÍ estabas, tan firme tú, aquel día
vibrante, igual que un tembloroso cirio.
Allí, tan claro tú, pálido lirio,
que una brisa lejana conmovía.

Allí estabas. ¿Allí? Te sonreía
la tarde, y su canción —ay, tu martirio—
te alzaba sin cesar. (Qué alto delirio
tu mirada sin luz, tu voz umbría.)

Allí estabas, y estás... (Ya un sol te dora,
te defiende, y, abierto a cada aurora,
clamas, ya tanta noche destruida.)

Por eso allí te miro, para verte
mejor, y guardo, al filo de tu muerte,
la amarga sombra aquella de tu vida.

PEDRO PÉREZ-CLOTET



CANCIONERO Y ROMANCERO
DE AUSENCIAS

TRONCOS de soledad,
barrancos de tristeza
donde rompo a llorar.

*

AUNQUE tú no estás, mis ojos
de ti, de todo, están llenos.
No han nacido sólo a un alba,
sólo a un ocaso no he muerto.
El mundo lleno de ti
y nutrido el cementerio
de mí, por todas las cosas,
de los dos, por todo el pueblo.
En las calles voy dejando
algo que voy recogiendo:
pedazos de vida mía
perdidos desde muy lejos.
Libre soy en la agonía
y encarcelado me veo
en los radiantes umbrales
radiantes de nacimientos.
Todo está lleno de mí:
de algo que es tuyo y recuerdo
perdido, pero encontrado
alguna vez, algún tiempo.
Tiempo que se queda atrás
decididamente negro,
indeleblemente rojo,
dorado sobre tu cuerpo.
Todo está lleno de ti,
traspasado de tu pelo:
de algo que no he conseguido
y que busco entre tus huesos.

MIGUEL HERNÁNDEZ

YA eres cuerpo reposado,
con el sueño de la piedra.
Ya está seca tu voz de arpa
en el verde de tu ancha mirada.

Todo es silencio en los rebaños,
que se alejan por el alba sosegada.

Vuelves a la tierra, acariciando
el nombre de árboles y pastos,
cuando el alma es ya la sombra
guardada con las petunias del cielo.

Al contemplar unas ruinas, gestos,
manos caladas y polvo de almidón de trigo
disuelto en el medio sanguíneo.

Al marchar del brazo, llagas sanas, sosiego,
congoja para que la emoción estalle.
Cuando se ondulan por encima de las raíces
los sueños semejantes que tienen sus fuerzas.
Hundido, con la cegadora luz en el hueco del hueso,
en la colina de cera blanqueada, pura de abejas.

De dolor se cubre la tierra llena de cepos,
como ríos que abandonan los huesos.
Al levantar un metro de muro de fuego,
con lágrimas que se vierten en el largo
corazón rodeado de púas. Que dice adiós a un poeta
con el peso de una sentencia en la mano.

CARLOS RODRÍGUEZ SPITERI

Dibujo de ENRIQUE BRINKMANN

Málaga, 1960.

MIGUEL HERNÁNDEZ

YA eres cuerpo reposado,
con el sueño de la piedra.
Ya está seca tu voz de arpa
en el verde de tu ancha mirada.

Todo es silencio en los rebaños,
que se alejan por el alba sosegada.

Vuelves a la tierra, acariciando
el nombre de árboles y pastos,
cuando el alma es ya la sombra
guardada con las petunias del cielo.

Al contemplar unas ruinas, gestos,
manos caladas y polvo de almidón de trigo
disuelto en el medio sanguíneo.

Al marchar del brazo, llagas sanas, sosiego,
congoja para que la emoción estalle.
Cuando se ondulan por encima de las raíces
los sueños semejantes que tienen sus fuerzas.
Hundido, con la cegadora luz en el hueco del hueso,
en la colina de cera blanqueada, pura de abejas.

De dolor se cubre la tierra llena de cepos,
como ríos que abandonan los huesos.
Al levantar un metro de muro de fuego,
con lágrimas que se vierten en el largo
corazón rodeado de púas. Que dice adiós a un poeta
con el peso de una sentencia en la mano.

CARLOS RODRÍGUEZ SPITERI

Dibujo de ENRIQUE BRINKMANN

Málaga, 1960.

PREGUNTAS A MIGUEL

(En el medio siglo de su vida
en los 18 años de su muerte.)

MIGUEL, ¿pero es la muerte tan sencilla?
¿Es sencillo nacer, cobrar altura,
labrar un sueño, erguir una figura,
y al cabo ser tan sólo una semilla?

¿Es sencillo, Miguel, pulir la quilla
del corazón contra la piedra dura,
para dotar al áloe de amargura
o urdir una flor nueva y amarilla?

¿No hay más que hacer, pasada la frontera,
que bajar en la tierra dos peldaños
y dar fruto al naranjo y a la higuera?

¿No sumas ya tus gozos a tus daños?
¿No está la voz más viva y más entera
ahora que cumples tus cincuenta años?

ALFONSO CANALES

TODO EN ORDEN

(En la palabra, su pueblo y el mío, se me ha
vuelto como del rayo Miguel Hernández...)

EL corazón inventa
entonces la palabra
arteramente pura,
y la deja en los libros

donde tiniebla acoge
el dolor en sus páginas
y la ternura aquieta
su memoria en olvido.

No hay polvo, no. ¿No hay polvo?
Ni sorpresa. De nuevo,
ileso amor declara
cada cosa en su sitio.

Momentos del hallazgo,
proclamad la esperanza:
ganamos vida nuestra
desde su verso mismo.

RAFAEL LEÓN

SER un río de amor que se derrama
hasta inundar la tierra más distante
y alimentar su ausencia a cada instante
y en su fuego abrasarse cual retama.

Ser un tronco de vida que se inflama
aunque el metal más frío se levante,
y comprobar que un hacha agonizante
hace del corazón trágica rama.

Ser la mano que toca la belleza
y tener que apartarse de su lado
para ver las humanas cicatrices.

Ser un árbol de sangre y de pureza
y tener que vivir desarbolado,
como un árbol que vive sin raíces.

*

AL dolor del destierro condenados
—la raíz en la tierra que perdimos—,
con el dolor humano nos medimos,
que no hay mejor medida, desterrados.

Los metales por años trabajados,
las espigas que puras recogimos,
el amor y hasta el odio que sentimos,
los medimos de nuevo, desbordados.

Medimos el dolor que precipita
al olvido la sangre innecesaria
y que afirma la vida en su cimiento.

Por él nuestra verdad se delimita
contra toda carroña originaria
y el destierro se torna fundamento.

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

Algún día
se pondrá el tiempo amarillo
sobre mi fotografía.

MIGUEL HERNÁNDEZ

A EL RAYO QUE NO CESA

CIELO destruido, ciudad enferma,
ardida multitud de la danza,
¿a qué calle larga y envejecida por el polvo llegas?
Pues hay un luto triste y exiguo,
un luto ahuyentado y silencioso,
como una manzana en un invierno de lluvias frías y pequeñas.

Oh maíz esparcido, oblicuo ya y desinteresado,
rail donde la alfombra del tiempo
escribió su historia de agosto.

Un polen soleado y poderoso
se abre ante el dios de la oscuridad y el dios de la noche,
aquel que alcanza su gloria
junto al filo del insomnio
y alarga su tránsito
por entre los huesos reblandecidos.

Y un apagado intento de la rosa,
que aún se viste de lluvia para hacernos la vida,
sucumbe sin estrépito.

JOSÉ RUIZ SÁNCHEZ

Algún día
se pondrá el tiempo amarillo
sobre mi fotografía.

MIGUEL HERNÁNDEZ

A EL RAYO QUE NO CESA

CIELO destruido, ciudad enferma,
ardida multitud de la danza,
¿a qué calle larga y envejecida por el polvo llegas?
Pues hay un luto triste y exiguo,
un luto ahuyentado y silencioso,
como una manzana en un invierno de lluvias frías y pequeñas.

Oh maíz esparcido, oblicuo ya y desinteresado,
rail donde la alfombra del tiempo
escribió su historia de agosto.

Un polen soleado y poderoso
se abre ante el dios de la oscuridad y el dios de la noche,
aquel que alcanza su gloria
junto al filo del insomnio
y alarga su tránsito
por entre los huesos reblandecidos.

Y un apagado intento de la rosa,
que aún se viste de lluvia para hacernos la vida,
sucumbe sin estrépito.

JOSÉ RUIZ SÁNCHEZ

Es sangre, no granizo, lo que azota mis sienes.
Son dos años de sangre: son dos inundaciones.
Sangre de acción solar, devora dos sienes
hasta dejar sin nadie y ahogados los balcones.

Sangre que es el mejor de los mejores bienes,
sangre que atesoraba para el amor sus dones:
vedla enturbiando mares, ~~[illegible]~~ recogiendo bienes,
desalentando toros donde alentó leones.

Sangre es el tiempo. El tiempo circula por mis venas
y ante el reloj y el alba me siento más que herido
y oigo un chocar de sangres de todos los tamaños.

Sangre donde se puede bañar la muerte apenas,
sangre que lava y salva: que apenas ha caído,
porque la recogieron mis días en dos años

Miguel H

Dibujo de MIGUEL HERNÁNDEZ

BIBLIOGRAFÍA PARCIAL

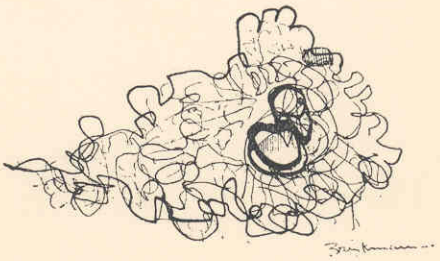
† 1942

«Yo, la madre mía». El clamor de la verdad. Orihuela, 1931.
«Reloj rústico». La gaceta literaria. Madrid, 1932.
Perito en lunas. Col. Varietas. Ed. Sudeste. Murcia.
«En círculo de carta». Isla. Hojas de arte y letras. Cádiz, 1933.
Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras (Teatro). Cruz y raya. Madrid, 1934.
«Eclipse celestial» y «Profecía sobre el campesino». «A María Santísima» («En el misterio de la Encarnación, en el de la Asunción, en toda su hermosura». Tres sonetos). «La morada amarilla». «El trino por la vanidad». «El silvo de afirmación en la aldea». «El torero más valiente» (Teatro, fragmento). El gallo crisis. Orihuela, 1934.
«Te me mueres de casta y de sencilla». Rumbos. Talavera de la Reina, 1935.
«Sonetos». Isla. Hojas de arte y letras. Cádiz, 1935.
«Vecino de la muerte». Caballo verde para la poesía. Madrid, 1935.
«Poemas» (Seis sonetos y «Elegía» a Ramón Sijé). Revista de Occidente. Madrid, 1935.
El rayo que no cesa. Ed. Héroe. Imp. M. Altolaguirre. Madrid, 1936.
«Poemas» («Égloga» y «Sino sangriento»). Revista de Occidente. Madrid, 1936.
«Ramón Sijé». El sol. Madrid, 1936.

Viento del pueblo. Ed. S. R. Internacional. Valencia, 1937.
Teatro en la guerra («La cola», «El hombrecito», «El refugiado» y «Los sentados»). Ed. Nuestro tiempo. Valencia, 1937.
El labrador de más aire (Teatro). Ed. Nuestro pueblo. Madrid-Valencia, 1937.
«El niño yuntero», «Recoged esta voz», «Llamo a la juventud». Nueva cultura. Valencia, 1937.
«Aceituneros». «Compañera de nuestros días». «Las luchas y la vida del campesino andaluz». Frente Sur. Baza, 1937.
«Canción del antiavionista», «Elegía a un joven», «Visión de Sevilla», «Juramento de la alegría» y «El sudor». Hora de España. Valencia, 1937.
«Canción del esposo soldado» y «Viento del pueblo». Mediodía. Habana, 1937.
«Viento del pueblo» («Elegía primera a F. G. L.», «Los niños yunteros» y «Vientos del pueblo me llevan»). Crónica de España. Habana, 1938.
«Al soldado internacional muerto en España». Orientación. Buenos Aires, 1938.
Sino sangriento y otros poemas. Col. El ciervo herido. Imp. M. Altolaguirre. La Habana, 1939.
Poemas suyos en la antología *Poesía del amor español*. Zig-zag. Santiago de Chile, 1941.
«Viento del pueblo». Orientación. Buenos Aires, 1942.
«Vecino de la muerte», «Soneto». Letras de México. Méjico, 1942.
«El viento que no cesa» (Selección de sonetos). De mar a mar. Buenos Aires, 1942.
«El rayo que no cesa y otros poemas». Prólogo de Rafael Alberti. Rama de oro. Schapire. Buenos Aires, 1942.

«Caracola» se compone a mano, en la Imprenta Dardo (antes Sur), Alameda, 33, Málaga, bajo la dirección y cuidado de Bernabé Fernández-Canivell y Rafael León.

Suscripción a 6 números: 60 pesetas.



RELACIÓN QUE DEDICO A MI AMIGA DELIA

QUÉ suavidad de lirio acariciado
en tu delicadeza de lavanderas de objetos de cristal,
Delia, con tu cintura hecha para el anillo
con los tallos de hinojo más apuestos,
Delia, la de la pierna edificada con las liebres perseguidas,
Delia, la de los ojos boquiabiertos
del mismo gesto y garbo de las erales cabras.
En tu ternura hallan su origen los cogollos,
tu ternura es capaz de abrazar a los cardos
y en ella veo un agua que pasa y no se altera
entre orillas ariscas de zarza y tauromaquia.
Tu cabeza de espiga se vence hacia los lados
con un desmayo de oro cansado de abundar
y se yergue relampagueando trigo por todas partes.
Tienes por lengua arropes agrupados,
por labios, nivelados terciopelos;
tu voz pasa a través de un mineral racimo
y una vez cada año de una iracunda pero dulce colmena.

No encontraréis a Delia sino muy repartida como el pan de los pobres,
detrás de una ventana besable: su sonrisa
queriendo apaciguar la cólera del fuego,
domar el alma rústica de la herradura y el pedernal.

Ahí estás respirando plumas como los nidos
y ofreciendo unos dedos de afectuosa lana.